

Por si todo esto no fuera bastante, á la guerra civil vino á unirse otro azote no menos temible. «El cólera morbo había salido de las Grandes Indias para devastar el mundo. Por el Norte había avanzado hasta Siberia; por el Sud había extendido la devastación hasta las costas de la Nueva Holanda: por el Este había franqueado la gran muralla de la China para llegar á Pekín: por el Oeste, atravesando el mar Caspio, había infestado á Tiflis y la Nueva Georgia, pasado el Cáucaso, invadido el imperio ruso y penetrado en Moscou.» Los ejércitos rusos lo llevaron á Polonia, penetró entonces en la Europa occidental y se declaró en París el día 26 de Marzo de 1832, donde dominó durante 189 días que costaron 19,000 personas. Los departa-



Cuadro de Begas

mentos ó provincias no quedaron indemnes, fué sobre todo en el Aisne, Côte d'Or, Eure, Indre, Indre y Loire, Loiret, Marne, Norte, Pas de Calais, Rhône, Sena y Marne, Sena inferior y Somme en donde fueron más numerosas las víctimas.

Casimiro Perier había visitado el Hospital acompañado del Duque de Orleans. Dos días después vióse obligado á guardar cama. Su organización enfermiza y febril, las luchas continuas que se veía obligado á contener, habían arruinado su salud. En sus últimos días su estado de irritación era aún mucho mayor. El embajador de Rusia, el Conde Pozzo di Borgo, habiendo dicho en su presencia: «El emperador mi amo no quiere...» le respondió con una animación extrema: «Decid á vuestro amo

mentos ó provincias no quedaron indemnes, fué sobre todo en el Aisne, Côte d'Or, Eure, Indre, Indre y Loire, Loiret, Marne, Norte, Pas de Calais, Rhône, Sena y Marne, Sena inferior y Somme en donde fueron más numerosas las víctimas.

Casimiro Perier había visitado el Hospital acompañado del Duque de Orleans. Dos días después vióse obligado á guardar cama. Su organización enfermiza y febril, las luchas continuas que se veía obligado á contener, habían arruinado su salud. En sus últimos días su estado de irritación era aún mucho mayor. El embajador de Rusia, el Conde Pozzo di Borgo, habiendo dicho en su presencia: «El emperador mi amo no quiere...» le respondió con una animación extrema: «Decid á vuestro amo

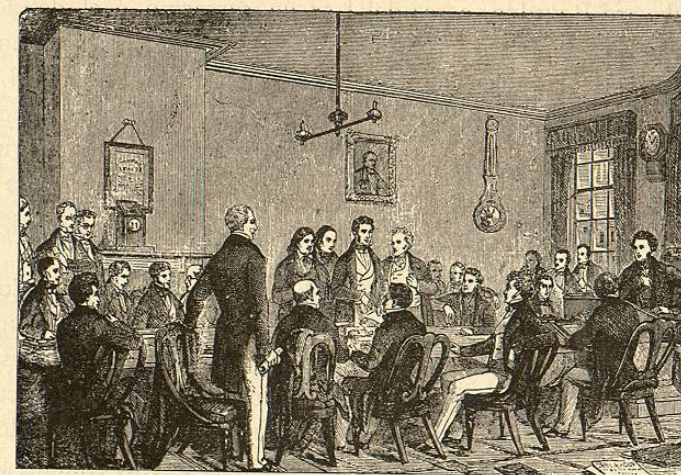
Brissac. Atravesó todo el mediodía de Francia para dirigirse á la Vendée, á donde felizmente llegó escapando de la persecución de la policía y de la gendarmería. Contaba ella con un levantamiento de los campesinos del Oeste, pero los vendeanos no mostraban ya por la causa de los Borbones el mismo ardor que en 1793; el bienestar material de que disfrutaban á causa del nuevo orden de cosas había enfriado su celo. La conscripción les disgustaba, pero si aun era posible reunir algunos puñados de desertores ó refractarios capaces de ir á tiros por los bosques con los gendarmes, no era ya posible encontrar en el Oeste un ejército capaz de sostener una campaña contra las tropas de línea. El levantamiento proyectado para el día 6 de Abril tuvo que retardarse y por último fracasó. Berryer

fué á ver á la Duquesa en su retiro de los Mesliers y le suplicó inútilmente que abandonase á Francia. Algunas tentativas insurreccionales tuvieron lugar en los primeros días de Junio, pero los vendeanos fueron disueltos en todas partes. El combate más serio tuvo lugar en el castillo de la Penissiere, en donde 45 campesinos sostuvieron, todo un día, el ataque de un batallón.

Obligada á huir la Duquesa, se refugió en Nantes en compañía de la señorita de Kersabiec, Guibourg y Mesnard. Un judío llamado Deutz, que supo el lugar donde se ocultaba, ofreció entregarla al Gobierno mediante una suma determinada, y aceptada su oferta, la casa de las señoritas Deguigny, que servía de asilo á los fugitivos, fué sorprendida por la gendarmería. Durante 16 horas la Duquesa y sus com-

pañeros estuvieron ocultos en la chimenea, pero lo frío de la temperatura obligó á los gendarmes á encender fuego, y en ella la Duquesa, á punto de morir ahogada, no tuvo otro remedio que salir y entregarse, constituyéndose prisionera el día 6 de Noviembre de 1832.

Diffícil era la situación del Gobierno. ¿Podía el rey presentar ante los tribunales de justicia á una princesa que era su pariente, y la cual en los días de su poder se había mostrado siempre benévola con la familia de Orleans? ¿Podía poner en libertad y dejar que marchara impunemente, una mujer que había ido á Francia para desencadenar la guerra civil y derribar el Gobierno? La Duquesa no fué puesta en libertad ni citada á juicio. Se la condujo á la ciudad de Blaye, sobre la orilla

Redacción del periódico *La Reforma* en la noche del 21 de Febrero de 1848

derecha de la Gironda y allí permaneció bajo la custodia del general Bugeaud y del capitán Saint-Arnaud su ayudante de campo. De repente un extraño rumor consternó á los legitimistas y se difundió por toda Francia: la Duquesa de Berry estaba en cinta. El 9 de Mayo de 1833 dió á luz una niña, después de haber declarado que se había casado secretamente en Italia con el conde Héctor Lucchesi Palli, chambelán del rey de las Dos Sicilias, y un mes más tarde se le devolvía la libertad y era conducida á Palermo.

Su cautiverio y los sucesos que le acompañaron, fueron en París y en la prensa el objeto de todas las conversaciones y discusiones, y hasta en las dos Cámaras hubo debates apasionados. En una discusión de la Cámara de Diputados provocada por una carta del Mariscal Soult, que pretendía impedir á

los oficiales toda reclamación, el general Bugeaud, dijo: «Que ante todo era necesario obedecer.» «¿Obedecer», replicó Dulong, sobrino de Dupont del Eure, «hasta el punto de convertirse uno en carcelero?» El *Journal des Debats* y el *Boletín ministerial de la tarde*, envenenaron la querrela con comentarios exagerados que hicieron inevitable un duelo entre Dulong y Bugeaud, que fué fatal para aquél, pues cayó, atravesado el corazón por la bala de la pistola de su contrario.

A la vez que los realistas fracasaban en el Oeste, los republicanos libraban al Gobierno, en el mismo París, una batalla sangrienta. La tímida actitud de la monarquía de Julio en frente de las potencias extranjeras, la preponderancia dada á la burguesía por el censo electoral que excluía al pueblo, del voto; la miseria de las masas, á consecuencia de la

competencia y de la falta de trabajo, eran las principales razones que ponían las armas en las manos del partido republicano, que podía contar con las sociedades secretas y un gran número de periódicos. Sus miembros más conocidos eran entonces, Armando Carrel, Godofredo Cavaignac, Ledru-Rollin, Garnier Pagés, Barbes, Guinard, Blanqui, Michel (de Bourges), Trelat, Esteban Arago, Julio Bastide, Pedro Leroux, Thomas, Raspail, etc.

El día 5 de Junio de 1832 tuvo lugar la primera insurrección republicana en París. Era el día señalado para los funerales del general Lamarque, diputado de la oposición y jefe del ejército que había combatido á los vendeanos durante los cien días. Una multitud inmensa seguía su féretro á lo largo de los boulevards de la Magdalena y de la Bastilla, dando gritos amenazadores contra el Gobierno. La colisión estalló cerca del puente de Austerlitz y en el boulevard Bourdon, cerca del Granero de la Abundancia. Los dragones cargaron á la multitud, que respondió á pedradas. Pero no tardaron en aparecer las barricadas en muchos cuarteles, y principió el fuego.

La insurrección parecía victoriosa en la noche del 5 al 6. Pero el Gobierno disponía de 24,000 soldados y la guardia nacional, formada en gran parte por la burguesía, le era favorable. El día 6 de Junio la insurrección fué sucesivamente vencida en el barrio de San Antonio, en la Bastilla, en la plaza Maubert, en las calles de Montmartre, Arcis y Blanche Mibray. Los insurgentes quedaban dueños de la calle de Saint Martín, en donde habían construido dos barricadas formidables que cerraban la calle por el Norte y por el Sud, la una á la altura de la calle de Saint Merry, cerca de la vieja iglesia de su nombre y la otra á la altura de la calle Manbuée. Un puñado de hombres, mandados por un condecorado de Julio, llamado Jeanne, defendieron intrépidamente esta posición contra la guardia nacional y la tropa. Entre aquéllos, había un niño de doce años y un viejo, que fueron muertos sosteniendo la bandera tricolor con sus manos. A cada ataque, los insurgentes bajaban de las barricadas para ir á apoderarse bajo el fuego de los soldados, de los cartuchos que tenían en las cartucheras los que caían sin vida. Uno de los combatientes pidió víveres: «Viveres, respondió Jeanne, no los necesitamos, son las tres, y á las cuatro habremos muerto.»

Efectivamente, casi todos perecieron y el Gobierno pudo contar con un triunfo adquirido á costa de innumerables víctimas.

Establecido el imperio de la fuerza, necesaria-

mente todas las medidas que de él emanaran no tenían otro remedio que ir ajustadas á semejante principio.

La secta sansimoniana, que había recibido una herida mortal con la separación de Bayard y Infantin, que eran dos elementos poderosos de defensa con que hasta entonces había contado, fué suprimida, constituyendo esta disposición uno de los primeros actos con que el Gobierno trató de demostrar su victoria.

El cisma introducido en aquella secta por los dos individuos citados, contribuyó en gran manera para su muerte. Sin embargo, algunos jóvenes discípulos de Infantin siguieron á éste en su retiro, abrazando la vida común y adoptando un traje particular que muy pronto debía ser reemplazado por el mismo que abandonarían á su supuesta separación del mundo. El misticismo fuera de la religión, ó es un sarcasmo ó el delirio de una imaginación ardiente y joven, cuando no el medio para procurarse una triste celebridad. Infantin, obligado á comparecer ante sus jueces, contestó afirmativamente cuando éstos le preguntaron si era cierto que se diese el título de «Padre de la humanidad» y que supiese la «ley viva»; según el jefe de la nueva secta, había de reunir el sansimoniano, virtud, saber y belleza. Casi todos los sectarios fueron condenados á prisión y á una multa, y prohibido el sansimonismo, por disposición del Gobierno.

Como consecuencia lógica de los temperamentos que determinaban el proceder del Gobierno, si bien en las altas esferas eran aplaudidos ciertos actos, en cambio exasperaban á las clases objeto de ellos y el partido republicano iba adquiriendo prosélitos en la misma proporción que aumentaba el disgusto contra la monarquía.

El bonapartismo en cambio recibió un golpe terrible con la muerte del hijo de Napoleón I, cuyo suceso tuvo lugar en 22 de Julio de 1832, en Schoenbrun, desvaneciéndose, si así nos podemos expresar, una nube, quizás de las más amenazadoras, que la monarquía de 1830 podía distinguir en el horizonte.

Porque el duque de Reichstadt tenía gran número de partidarios; en el ejército contaba con elementos de consideración, y la fragancia de los laureles alcanzados por su padre, sobreviviendo al transcurso de los años, aspiráblala todavía con delicia los franceses y sus simpatías se dirigían más hacia la residencia alemana, que hacia el palacio de las Tullerías.

Si algo había hecho al gobierno de Luis Felipe

mostrarse un tanto receloso é inquieto respecto al porvenir, había sido aquella bandera que, aun cuando arrollada durante muchos años, podía, sin embargo, en un momento dado, flotar al viento y conmover las nuevas monarquías creadas después de la caída del coloso.

Pero perdido ya este temor, la reacción tomó un carácter más violento.

Reorganizóse el ministerio bajo la presidencia del general Soult, desempeñando la cartera de Estado Broglie, Thiers la de Gobernación y Guizot la de Instrucción pública, tres capacidades de primer orden empeñadas, según declararon en las Cámaras, en seguir practicando una política de resistencia.

Al mismo tiempo, el nuevo Gobierno, como si quisiera cohonestar con sus actos en pro de los intereses morales y materiales del país, su limitado criterio en política y el sistema de represión que había adoptado, dió pruebas de una actividad extraordinaria procurando introducir mejoras en todos los ramos de la pública administración.

La ley de instrucción primaria, las obras públicas, de importancia muchas de ellas, la independencia belga asegurada por la toma de Amberes y el famoso tratado de la cuádruple alianza firmado en Londres en 22 de Abril de 1834, fueron, con otros varios actos de este género, los que señalaron la marcha del nuevo Gobierno.

El período por que todas las naciones estaban pasando, tenía, si así podemos expresarnos, algo de embrionario, puesto que no podían menos de resentirse todavía de las violentas sacudidas experimentadas en los primeros veinte años del siglo, y trataban de buscar algo sólido en que apoyarse para determinar de un modo exacto la era de progreso en que debían penetrar. Francia se agitaba entre las convulsiones de un pasado lleno de gloria y de emociones y de un presente incierto, dirigiendo la vista hacia un porvenir que comenzaba á vislumbrar, pero ignorando todavía el verdadero camino que á él la podía conducir.

De aquí el estado de agitación que reinaba en ella, agitación latente que estaba combatiendo el trono de los Orleans, y que no bastaban á extinguir las medidas tomadas por el Gobierno.

Los partidos hacíanse encarnizada guerra, no respetando en su enojo ideas ni personalidad en sus respectivos adversarios.

Los ataques dirigidos contra el Gobierno por el partido republicano eran cada vez más violentos, en términos que aquél, pretendiendo cortar el mal, lo hizo más formidable todavía.

La ley sometiendo á una autorización previa todos los escritos destinados á la venta pública, creó el mal de dar mayor impulso á la prensa clandestina, y como que todas las restricciones exacerban los ánimos, el partido democrático aumentando de día en día, y más audaz, cuanto mayores eran los esfuerzos que se hacían por sofocarle, hizo necesaria una ley contra las asociaciones, ley que dió lugar á prolongados, apasionados y violentos debates, siendo definitivamente votada.

Sin embargo, las sociedades secretas, á pesar del rudo golpe que con esta ley acababan de recibir, no se atrevieron á lanzarse abiertamente á la lucha y procurando exaltar los ánimos, empezaron á hacer un guerra sorda al poder. En Lyon particularmente fué donde, por ser gran centro industrial, los clubs y sobre todo la Sociedad de los Derechos del Hombre, fomentaron más la oposición contra las represiones. De este modo se iban acumulando causas y más causas de irritación y de desorden, que si no produjeron un cataclismo, fué por la división que surgió entre los demócratas. Sin embargo, vino el mutualismo, asociación entre los operarios y los jefes de taller, á aumentar la crisis, acabando de exasperar las masas otro triste incidente que también ocurrió casi al mismo tiempo. Como disminuían cada vez más los pedidos, á causa de la concurrencia, se vieron obligados los fabricantes á hacer una rebaja de 25 céntimos por vara, rebaja que dió por resultado la paralización de veinte mil telares.

Un grito de odio contra los mutualistas brotó de las grandes masas del proletariado y Lyon hubo de presenciar terribles escenas; los trabajadores más necesitados deseaban volver al trabajo, al paso que los que aun podían prescindir de él se lo impedían, de lo que resultó entre los operarios una incesante y sangrienta lucha, lucha que determinó al Consejo ejecutivo de los mutualistas, á fin de evitar aquel conflicto que se presentaba cada día bajo un aspecto más amenazador, á permitir que volviesen los operarios á emprender sus trabajos, con lo que se logró poner fin á aquella crisis y que volviese á reinar la calma, que en breve había de verse nuevamente turbada.

Los clubs, que durante la paralización de los trabajos no se habían atrevido á aprovecharse de aquella circunstancia favorable, sin duda por no haber concertado aún sus planes de ataque, como lo acreditó después su posterior conducta, viendo que iban á ser juzgados algunos mutualistas, en virtud de los últimos acontecimientos, se aprove-

charon de aquella circunstancia para enardecer al pueblo lyonés y obligarle á aprestarse á la lucha.

Como conociese el Gobierno esta vez que no se trataba ya de una simple cuestión obrera, dió orden á las tropas de ocupar militarmente la ciudad, y quedó Lyon convertida en un campamento.

Dada por los sublevados la señal del combate, rompióse por ambas partes un vivísimo fuego de fusilería, al cual se unió bien pronto el estruendo de la artillería, y las calles se llenaron de sangre y de cadáveres.

La rebelión quedó sofocada, tanto por la mala dirección de sus jefes, como por el reducido número de armas con que contaban los insurrectos, y embriagada la tropa por el fácil triunfo que acababa de adquirir, se entregó á excesos imperdonables.

Mientras se sofocaba el movimiento en Lyon, estallaba en Luneville una insurrección militar cuyas ramificaciones se extendían hasta Metz y Nancy; pero habiéndose descubierto en estos dos puntos la conspiración, quedaron aislados los insurrectos de Luneville y desvanecidos sus planes.

Lo que más demostró entonces lo desorganizado que se hallaba todavía el partido republicano, fueron los sucesivos alborotos de Saint Etienne, Grenoble, Ferrand, Chalons sur Saone y Marsella, los cuales sólo consistieron en tumultuosas reuniones, insultos y gritos.

Si bien no causaban al Gobierno gran cuidado todos aquellos motines que sólo contribuían á robustecerle más y á darle mucha mayor importancia de la que en sí tenía, se dictaron en París enérgicas medidas para reprimir el desorden, caso de que allí se tratase de turbar la tranquilidad.

El día 20 de Mayo de 1834, falleció Lafayette y su desaparición de la escena del mundo fué saludada como un fausto acontecimiento por el Gobierno que, olvidando los servicios que prestara á la revolución de Julio, le consideraba á la sazón como el más encarnizado de sus enemigos.

Disueltas las Cámaras francesas, tuvo que procederse á nuevas elecciones, que fueron sumamente favorables al Gobierno, á lo que contribuyeron no poco las recientes derrotas que había sufrido el partido democrático.

Llamaban entonces en gran manera la atención pública los asuntos de Africa, pues parecía prolongarse cada vez más la conquista tan vivamente esperada y todo el valor del soldado iba consumiéndose en inútiles marchas y contramarchas por un suelo abrasador, sin dar un resultado positivo.

Cayó Soult con este motivo, sucediéndole en el ministerio de la Guerra el mariscal Gerard, que contaba con las simpatías de la opinión pública y de una gran parte de la prensa, por sus deseos de dar una amplia amnistía, pero que viendo desechado después su generoso proyecto, presentó su dimisión, ofreciendo su retirada ancho campo á los ambiciosos que pretendían sucederle.

Desde entonces fué blanco el Gobierno de los tiros de todos los partidos, que no cesaron hasta lograr su caída.

Llamó el rey á M. Persil para la formación de un nuevo gabinete; en vano se dirigió el nuevo presidente á M. Dupin, que se negó á aceptar la cartera con que se le brindaba, designando en cambio algunos Pares que, menos previsores, formaron parte del *ministerio de los tres días*.

En breve volvieron los señores Thiers y Guizot á ser llamados á los consejos de la Corona.

Continuaba la prensa democrática sus violentos ataques contra el Gobierno, y varios fueron, en poco tiempo, los editores responsables, obligados á presentarse ante los tribunales.

A pesar de haberse propuesto la Cámara asegurar por mucho tiempo en el poder al ministerio de 11 de Octubre, veíase ya amenazado de muerte en los últimos días de aquel año, puesto que la Corte no miraba con buenos ojos á los ministros Thiers y Guizot que, ensobrecidos, viendo que el monarca no había tenido otro remedio que llamarles nuevamente, trataban de imponerle su voluntad.

Las intrigas de la Corte dieron comienzo en grande escala, y en la sesión del 11 de Marzo M. Thiers quedó derrotado, prestando la Cámara su apoyo al duque de Broglie con la esperanza de que se verificaría un cambio radical en el gobierno.

Mas no sucedió así.

Por el contrario, bajo la presidencia del Duque, el Gobierno se afianzó doblemente, y como natural consecuencia, el despecho de la Corte fué en aumento, atirantándose mucho más cada vez las relaciones entre aquella y el Gobierno.

Las insurrecciones de que nos hemos ocupado en otro lugar, daban margen á escandalosos procesos, respecto á los cuales no se tenía la mayor prudencia, dando lugar con ello á que se hiciesen públicos, hechos que, hubiese valido mucho más que permanecieran ignorados.

Reos y abogados hacían alarde de ciertas doctrinas que, esparcidas por la prensa, iban difundándose por toda la nación.

El proceso de los insurrectos del mes de Abril,

se llevó ante el tribunal de los Pares, durando más de un año su tramitación, dando lugar en todo este tiempo á escandalosísimas escenas que decían muy poco en pro del criterio de los que con tanta ligereza y tanto desconocimiento de la verdadera situación, las habían provocado.

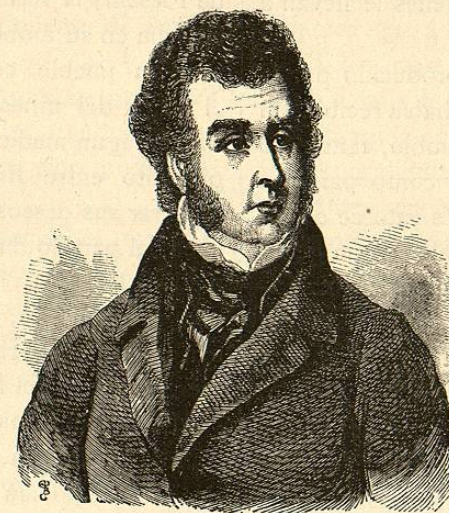
Una amnistía á tiempo, habría sido lo más prudente, é indudablemente los resultados hubiesen sido también mucho más eficaces.

Pero no se hizo así, y el mal en vez de disminuir fué aumentando.

Fatalidad terrible de nuestros días ha sido la destrucción de la fe y de la dignidad políticas, consecuencia forzosa de las divisiones y subdivisiones de los partidos y de sus enconadas luchas.

El fin justifica los medios, y para alcanzar aquél, todos los que de éstos se empleen, son buenos; tal es la máxima seguida en nuestras contiendas civiles, sin tener presente que, partiendo de semejante principio, se llega al total descreimiento de todos los ideales políticos, y la continuación de semejantes derroteros sólo puede dar por resultado el más funesto de los ateísmos, el ateísmo político.

En vez de ser la idea la que impulsa al hombre, es el hombre el que trata de dar calor á la idea; la aprecia según su modo de ser y los medios en que vive; adquiere prosélitos, se crea partidarios, forma una escuela, busca el triunfo de sus ideales para engrandecerse por medio de ellos, y de esta subdivisión de fuerzas resulta que la verdadera idea se



EL REY D. PEDRO, DE PORTUGAL

debilita, que se desprestigia la forma de gobierno que sintetiza, siendo mucho más fácil á los poderes constituídos vencer en detall á sus adversarios, que no cuando todos unidos en una aspiración común, llevaban la fe en el corazón y la fuerza en sus mismas convicciones.

De aquí la falta de escrupulosidad en los medios empleados para derrocar una institución ó un poder constituido, de aquí la multitud de tentativas de todos géneros, de conjuraciones fraguadas entre la sombra y en medio de las cuales suele deslizarse frecuentemente algún Judas que vende á los adversarios los secretos sorprendidos, si aquéllos le pagan bien, y de aquí los alborotos sofocados á costa muchas veces de la sangre de víctimas inocentes.

En el espacio de un año, desde 1834 á 1835, no se fraguaron menos de siete conspiraciones para des-

hacerse del monarca, fracasando unas antes de estallar ó no dando otras el resultado que se propusieran los fautores de ellas.

Y la exaltación de las pasiones llegó á un extremo tal, y el deseo de deshacerse del monarca adquirió tales proporciones, que se produjo el engendro más espantoso que la mente puede imaginar para conseguir el objeto apetecido.

No importaba á los que concibieron el proyecto de que vamos á ocuparnos, que para dar la muerte al que juzgaban culpable, muriera gran número de inocentes, ni que el luto, la desolación y la miseria penetrasen en los hogares de los que fueran sacrificados.

La cuestión era triunfar, aun cuando los medios de que se valieran fueran de los más reprobados.

Desgraciadamente en tiempos posteriores hemos